

Andanzas y desventuras de Fernando Iwasaki, arcipreste de Lima

Tomás Rodríguez Reyes
Universidad de Sevilla

«Mis únicas patrias son la memoria y el cuerpo de la mujer que amo»
Fernando Iwasaki

Ya en el medioevo la lectura en voz alta fue el espinazo de los vociferantes que recogían en sus gargantas las historias que leales o desleales, verdaderas o de cosecha propia por añadidura, surcaron la órbita de los bienandantes que asistieron sin saberlo a lo que llamamos picaresca. Desde aquí lanzo un nexo de unión entre la manera de contar de aquellos oradores y la molesta melodía que le imprimí a las teclas del ordenador para la composición de este texto que versará sobre las andanzas y desventuras, escamoteos y barbaridades que el bueno del arcipreste de Lima, Fernando Iwasaki, ha procurado por estas y otras lides de la faz mundial. Porque ya de entrada os he dicho que sus únicas patrias son su memoria y el cuerpo de la mujer que ama.

Desde este púlpito aviso que haremos una breve semblanza por su trasunto biográfico, desembocaremos en las lecturas y autores que marcaron su quehacer verbal y llegaremos a la cima de esta babel de sinrazones, con una colección de horrores y terrores llamado *Ajuar Funerario* (2004), como muestra gratuita de su talento. Sin más, primera veta de lo que no quiere ser una madeja.

DE CÓMO EL APÁTRIDA DESCUBRE ESPAÑA

El Descubrimiento de España (1996) no sólo es el título de una de las

obras de Fernando Iwasaki sino que el relato que compone esas páginas viene a configurar la visión de un país hermanado por el devenir de la historia y el maridaje con la lengua en la mente de un limeño que ha terminado enmarañado en el bosquejo de las nacionalidades territoriales. Cuando corría el año de 1961 nace en Lima Fernando Iwasaki Cauti. Su nacimiento confabuló una triada de espacios geográficos unidos por la magia de la mixtura genealógica que sus apellidos convocan: Iwasaki, por los descendientes japoneses de su abuelo paterno, Cauti, por la estirpe italiana a la que pertenecía su abuelo materno. Todo ello, cabe recordar en la ciudad de Lima. Su atención al devenir de su genealogía nunca ha pasado por alto las circunstancias tan rocambolescas que han posibilitado la unión de tales apellidos. Así, relatos como «La sombra del guerrero» (2003) o «La otra batalla de Ayacucho» (2003) ahondan precisamente en esta circunstancia.

La formación académica de Iwasaki comienza en el colegio Champagnat de los maristas de Lima. Desde pronto entró en contacto con unas monjas españolas que pusieron delante de sus oídos muchas de las palabras que avellanaban el universo de su lengua, al punto que muchas de las nominaciones que recibían realidades españolas pasaron *ipso facto* a su acervo lingüístico. Ese afán de comparación, entre muchas de las palabras que España asimiló gracias al Nuevo Mundo y a la inversa, es aún un palpito casi innato que asedia, desde esta orilla, a un Fernando Iwasaki, quien profesa como *amator verbi*, el flirteo verbal y lenguaraz con todo cuerpo léxico digno de mención. Y es que su vida, bien puede definirse como una odisea de verbalidades.

Así de pronto, podríamos afirmar que el puente que se interpuso entre la realidad peruana de su niñez y su contacto con España fue gracias a las letras y a un idioma que se bifurcó en el sendero de todos los jardines posibles. Encabalgado de esta forma en la evolución de las palabras, de la literatura y de la historia, pondremos la tilde, sin embargo, en el proceso de re-descubrimiento

que sufren estas tierras hispanas por un niño que pasa de creer en “España como un mapa amarillo que hay que memorizar” o “una marca de chocolate Arequipeño“, a congraciarse con toda una cosmovisión a la española. Al punto que una vez surcada la intrahistoria (a lo Unamuno) de muchos de los tópicos, los bulos y leyendas (que diría Caro Baroja) que pasaron a las escuelas sudamericanas de la época sobre España, quedaron desfiguradas en cuanto Iwasaki les imprimió su mente enjuiciadora y su criterio objetivo. De tal manera, que la visión de Pizarro, de Colón y de muchos de los intelectuales españoles que se habían vertido en los programas escolares peruanos de la Lima de los años 70 y 80 barnizados de incongruencias, fue una vez llegado a España cómo fueron desmontados con la realidad de por medio.

Del Regina Pacis pasa a un colegio de Maristas, el Champagnat, donde Vargas Llosa recreó los aullidos de sus “cachorros” y el griterío de sus “jefes”. Donde aún planeaba la sombra de Julio Ramón Ribeyro como estudiante de esa escuela y donde se produce el asesinato, el asedio de los demonios personales o el acto de rebeldía que detona el encuentro con la biblioteca. De esta manera Iwasaki había comenzado su batalla rebelde con la sintaxis que su realidad le proponía, ya que la biblioteca le resemantizó todas las combinaciones posibles de la fabulación.

En la intimidad confiesa que su primer impulso fue el de historiador, que la biblioteca que va formando en un principio se subleva ante las fragancias de la historia, de la teología de la liberación y de la antropología comparada (Eliade, Campbell, Le Goff, por dar ejemplos). Por lo tanto, tenemos a un futuro fabulador entroncado en la historia de las mentalidades y la Historia (con mayúsculas), que pasa de la academia preuniversitaria llamada la Trener a dar clases en la Universidad Católica de Lima en el año de 1983 hasta 1985, justo cuando la conjunción de los astros hace que una suerte de becas, que no de dados, le haga venir precisamente aquí a Sevilla, al Archivo General de Indias,

para completar sus estudios de Historia.

Una lectura de su cuentística de aquella época nos pone en evidencia que los relatos del *Libro de mal amor* (2001) que se desarrollan entre 1979 y 1981 en una academia llamada La Trena, es un trasunto ficcional de todos estos avatares limeños y que una vez asentado en Sevilla, Fernando descubre no sólo muchos de los entresijos que se esconden detrás del país conquistador, sino que accede a todo un mundo edénico: el de las librerías. Hay que tener en cuenta que en Perú los libros estaban y están a un precio prohibitivo en referencia a las ganancias económicas laborales y que era casi imposible comprar libros a no ser que dispusieras de un buen capital. Además, las novedades europeas de entonces casi no llegaban. De esta manera comienza Fernando Iwasaki, arcipreste de lima, a comprar libros ya leídos de Lovecraft, Vargas Llosa, Maupassant, Borges, Hoffman y a entrar en contacto con escritores como Camus, Stendhal, Tólstoi o Cortázar, que eran desvirgados por sus retinas. Sin embargo, el relato de estas desventuras y otras adversidades las seguiremos contando en un segundo episodio que viene a llamarse,

DE FÁBULAS Y LETRAS

Proponer una caminata por la obra impresa de Fernando Iwasaki supone desde el principio optar por una perspectiva multidisciplinar ya que Iwasaki ha trabajado el ensayo, la historia, el artículo de opinión, el cuento y la novela con la mejor de las maestrías.

En cada una de estas vetas de la creación, en definitiva, nuestro autor ha sabido recoger la cosecha más provechosa y los recursos más apropiados para que le permitan imprimir su propia personalidad creadora.

Bajo la sombra de la investigación literaria ha completado libros como *Extremo oriente y el Perú en el siglo XVI* (1992) y en colaboración *Nación*

peruana: entelequia o utopía (1988), *Perú promesa* (1988) y *El comercio ambulatorio en Lima* (1989).

No en vano, la formación académica de Fernando Iwasaki comienza con la Historia, como hemos venido señalando. Este estudio en rebanadas de la Historia condujo a nuestro autor al Archivo General de Indias para completar y perfilar sus estudios sobre el siglo XVI y XVII. Y fue en estas tierras de hidalgos lectores y lázaros pizpiretas donde dizque nuestro hombre que conoció al amor de su vida, su actual esposa. Y es que ya lo dijo su análogo en arciprestazgo, Juan Ruiz: “Como dize Aristóteles, cosa es verdadera / el mundo por dos cosas trabaja: la primera / Por aver mantenenencia; la otra cosa era / por aver juntamiento con fenbra placentera” .

Para entonces -esto nos interesa- Fernando ya tiene publicado un libro llamado *Tres noches de Corbata* (1987), publicado posteriormente en España en 1993. Aquí se recogen sus primeros cuentos y ya se deja ver, como advierte en el prólogo Luis Jaime Cisneros, un palpito de creador fantástico, una tendencia hacia el lado oculto de la realidad, una vuelta de tuerca al transcurso de la anécdota y un manejo con desparpajo del lenguaje, en principio, almendrado de americanismos. A su vez, estos relatos giran en torno a muchas de las predisposiciones históricas que nuestro autor abordaba con la investigación histórica sumadas al reclutamiento de sus lecturas infantiles y juveniles. Están presentes en este libro los poemas homéricos, la literatura fantástica, de terror o gótica, el gusto por el tiempo mítico o circular, las teorías de Mircea Eliade, la parodia policíaca y detectivesca y la preocupación por sus ancestros tratada desde la óptica de otras realidades ficcionales.

Como trasgresor de realidades y motivado por los años de dictadura, oscuridad, veto y merma en el pensamiento, toma partido en las primeras elecciones democráticas que se celebraban después de muchos años de trasiego dictatorial. Iwasaki se inserta dentro del grupo que lidera el escritor Mario

Vargas Llosa, Fredemo, que como todos sabemos perdió increíblemente (o descreíblemente) en el último minuto de un partido ganado de antemano. Fruto de esa participación surge un ramillete de artículos que explican la tramoya electoral y lo que para él es la crónica de la derrota electoral del autor de *Conversación en la Catedral*. Ese racimo se titula *Mario Vargas Llosa, entre la libertad y el infierno* (1992).

Con *Inquisiciones Peruanas* (1996) no viene sino a confirmar varias cosas. La primera, que encuentra en la historia la fricción posible para la ficción y la segunda, que demuestra cómo se puede narrar aunando el binomio ancestral de historia y ficción. Y es que Vargas Llosa subraya esta condición, esto es, otorga un estilo, ingenio literario sobre estructuras históricas que no se metamorfosearían en belleza ficcional sino fuera por el alambique literario por el que las hace pasar Iwasaki.

Su actividad como periodista ha estado muy unida a la creación ficcional. Porque de alguna manera, el periodismo sirve de referente, de arsenal de realidades para un escritor. De tal forma que si nos dispusiéramos a hacer un repaso por los escritores cuyas obras están hermanada con su producción periodística, los resultados serían brillantes: pasaríamos por García Márquez, Carlos Fuentes, Vázquez Montalbán, Fernando Savater, Millás o Vargas Llosa. Así, otro de los frutos que ha salido de la maquinaria “cautiriana” es el libro *El sentimiento trágico de la Liga* (1994) premio Fundación del Fútbol Profesional, porque en él se recogen artículos que conciernen a la etapa futbolística de estos años pero barnizados de todo un bagaje literario que hace subsistir, entre esas líneas, a los José Arcadios, Pantaleones, Zavalitas y demás *alter egos* literarios con una ristra de figuras del balompié como Cruyff, Romario, Laudrup o Michel. Terminamos con su trabajo periodístico, *La Caja de Pan Duro* (1999) recopilación de artículos que atañen a las realidades televisivas de actualidad durante el principio de los noventa. Sin embargo una

lectura detenida y juicisosa de este trabajo cercano a la realidad cotidiana, “avisón don pablos” decía Quevedo en su Buscón, nos llevan a señalar de nuevo la dimensión literaria que impera en muchos de ellos y su paso por la probeta de la imaginación y la ficción. Tengamos como muestra algunos de los títulos de artículos como «El retrato de Dorian Cruyff», «La liga del eterno retorno», «Éstas que me dictó, pifias sonoras» o «La insoportable novedad del Este».

Dejémonos de cuentos y vayamos a los cuentos, a la fábula, al *mythos* griego, a la confabulación personal e intrínseca de Fernando Iwasaki. Pasan los años noventa y el andamiaje cultural del niño limeño, del universitario, del doctorando que investiga becado en España fermenta poderosamente en libros como *A Troya, Helena* (1996), *El descubrimiento de España* (1996), *El Libro de mal amor* o *Un Milagro Informal* (2003). Vayámonos a Troya. No ha mucho que reseñé la importancia de los poemas homéricos, de cómo ese material mitológico se hace efervescente en la producción ficcional de Iwasaki. Pero ¿cómo reelabora todo el manantial mitológico que ha leído en Robert Graves sobre los mitos griegos, la antropología de la religión de Eliade y en definitiva el revuelo que pasa del Olimpo armónico a la corrupción del monte griego? Efectivamente, como señalan los especialistas, la transmisión de los mitos entran en crisis, entre otras cosas por la imposición del cristianismo, del favoritismo de Constantino...pero esto sería otro cantar, lo que ampara esta pregunta es cómo son utilizados los mitos griegos, la tradición del misticismo en la misma receta donde aparecen las historias personales del propio autor. Eliade, en el texto *Mito y Realidad* da la clave: “Recientes investigaciones han puesto en claro las estructuras míticas de las imágenes y de los comportamientos impuestos a las colectividades por la vía de los mass-media [...] Los personajes de los cómics strips (historietas ilustradas) presentan la versión moderna de los héroes mitológicos o folclóricos”. Son los héroes de

cómics los que reemplazan, en lo que tiene de arquetípico, la tradición grecolatina. Si a esto le sumamos la lectura de autores como Manuel Puig o la admiración incondicionada para con Cabrera Infante, que además introducen el cine, la noticia de periódico y el *mass media* en definitiva, nos haríamos acreedores de un buen posicionamiento como lectores en cuanto a su obra narratológica.

El descubrimiento de España (1996) es un libro que abre tras su escritura nuevas vías de composición para Iwasaki. Encuentra con la redacción de este libro, con su tono, la exploración necesaria para poder escribir desde nuevas ópticas creativas como así demostrará. Es este un libro de recolección, de reflexión, de asentamiento, de parada y fonda y de juego epistemológico con la memoria, con la patria de la palabra, con el milagro de la lengua y con la otredad borgeana. Este libro traza los planos de un descubrimiento para terminar en el cofre de la lengua. Porque si desde el comienzo el autor destaca como va asimilando la cultura española a través de nuevas realidades lingüísticas, se termina con un escrutinio de autores españoles, desconocidos por él hasta entonces, que le atestiguan una vez más que la literatura es cosa de tres: del creador, del libro y del lector. La lectura es un acto de creación, una geminación retinal de los renglones que provoca la eclosión volcánica de una realidad entreverada en las líneas de una página. ¿Quién es el primer lector de un libro..?

No divaguemos, sigamos el meandro trazado por un descubrimiento que tras su lectura sólo nos hace ver que realmente somos nosotros mismos quienes estamos descubriéndonos porque la visión del otro, de los vencidos (diría León-Portilla) forma parte de la visión total de uno mismo. No estamos completos sin la visión del otro, no somos completos sin la visión del otro.

Libro de mal amor (2001), en realidad de buen humor, servido en diez trazos literarios a sorbo corto, que narran las aventuras con diez desamores de

un niño que ve en ese mundo iniciático de la infancia, y de nuevo *La Habana para un infante difunto* de Cabrera Infante, cómo sus amoríos y piruetas de desenfreno se declinan a través de diez nombres: Carmen, Taís, Carolina, Alicia, Camille, Alejandra, Ana Lucía, Rebeca, Ninotchka e Itzel. Lolitas limeñas que provocan la subida de tensión amorosa de un joven que se hace testigo de cómo su vida va siendo invadida por el género femenino y cómo a su vez, todo queda trastocado cuando estos amores se hacen imposibles. Y es que ya Filloy, un olvidado, lo dijo: “el amor platónico, es la versión vegetariana del amor físico”.

A través de estos diez relatos somos testigos de aventuras, de relaciones pasionales donde de nuevo todo tipo de recursos y guiños a una cosmovisión erudita reciben un trato especial. Así, no hay musa de estos escritos que no se compare con Melusina, con las vírgenes manieristas, con Helena, con una Lolita en versión peruana. Una lista de *femmes fatales* que provienen de la pintura, de la escultura, de la leyenda y de la mitología grecolatina.

Por otra parte, muchas de las lecturas del joven peruano aparecen reelaboradas literariamente a través de guiños, de analogías, de símiles en su propia creación y es que en palabras del propio Fernando Iwasaki: “estoy a favor del texto libre, de las relaciones textuales sin compromiso, del texto por el texto y de la literatura homo textual, bitextual o heterotextual”.

Un milagro informal (2003), una formalidad de milagro que continúa la saga de palabras preliminares que perfilan, de alguna manera, las circunstancias que suscitaron el paso por el alambique de la creación. En este caso, Iwasaki utiliza una serie de comparaciones entre el cuento y la novela ya que el texto se titula: «Por qué escribo relatos o para cuándo novela». En él se describe una serie de recetas literarias que cito: “La novela puede ser poco hecha y el cuento debe estar bien cocido. La novela siempre engorda y el relato suele tener las calorías justas. La novela una vez abierta aguanta muy bien en la nevera y el

cuento tiene que consumirse de inmediato. La novela lleva conservantes y el relato es pura fibra. La novela siempre consiente una recalentada, mientras que el cuento - como la película- sólo se fríe una vez. La novela es un potaje caliente de hervores casi intestinales y el relato una comida fría de bricolaje vegetal. Para sentenciar finalmente, la novela quita el hambre y el cuento abre el apetito”.

A lo largo de este libro, de horneado reciente por otra parte, se deslizan relatos que habían aparecido en anteriores obras. Así que lo podemos calificar de auto-antologación ya que él mismo ha seleccionado lo más significativo y variado de su producción y lo ha reunido en este volumen. Sin embargo, relatos como «El vuelo de la libélula», ambientado aquí en Sevilla, y el deslumbrante y magistral «Derby de los penúltimos» son nuevas incorporaciones al *corpus* cuentístico de Iwasaki. Cabe señalar que este último relato mencionado fue premio Copé, una especie de premio nacional, allá en el Perú en años pasados.

Y llegamos a la última producción, publicada por el autor, como quien espera el Alba cernudiano,

BÁLSAMOS, MEJUNJES Y AJUARES FUNERARIOS

Una de las constantes que jalona la obra de Fernando Iwasaki es el cuidado artesanal en la elaboración total de sus libros. Ya desde el título, Iwasaki posiciona sus obras en una especie de tamiz literario, en el que jugando con títulos clásicos, consigue dar una vuelta de tuerca en el diálogo escriturario entre autores. Así, *El sentimiento trágico de la liga* (1995), *Inquisiciones Peruanas* (1997), *La Caja de pan duro* (2000), *Libro de mal amor* (2001) y ahora, *Ajuar funerario* (2004), son títulos que de ninguna manera pueden considerarse aleatorios o gratuitos.

Quizás de tendencia borgeana, por aquello del prólogo como el momento

en el que el autor es menos autor, se puede calificar el comienzo de este *Ajuar Funerario*. Pero no precisamente porque Iwasaki incurra en la denuncia de Borges, sino por todo lo contrario, porque el compromiso con la escritura está sellado en este autor desde el comienzo y desde el final: «Se terminó de imprimir el treinta de abril de dos mil cuatro, día de la Iglesia de Satán, fundada por Antón Szandor, la Vey, domador de leones, organillero, pintor, intérprete del diablo en *Rosmary's Baby* y autor de la Biblia Satánica. *Laus Daemonum*». Lo mismo ocurre con la dedicatoria («A Marle, que está de miedo») y la cita contigua que cierra esta tramoya fundacional del libro: «Y ahora, abra la boca. El Dentista», que glosa quizás el posterior microrrelato «La silla eléctrica». Nada en el libro es gratuito, todo es necesario y la literatura es una necesidad.

Las tres citas iniciales -Poe, H.P. Lovecraft y Borges- conectan la tradición del relato corto o microrrelato, y la temática de la novela gótica o de terror con su obra. La lista podría ampliarse a Maupassant, Arreola, Denevi, Monterroso, Ribeyro, Felisberto Hernández, Hawthorne... y hacerse extensible a todo el material literario y experimental con el que Iwasaki nos anuncia la conexión no con una tradición determinada, sino con lo que él mismo tiene a bien llamar «una tradición personal». Es más, Iwasaki es uno de esos autores que poseen la visión privilegiada de estar en las dos orillas. Esto hace que el análisis tanto de una sociedad como de otra, se haga desde el prisma de los márgenes, lo cual confiere al autor la ventaja de ver superada las lindes de las realidades regionales. De esta forma, la obra de Iwasaki de ninguna manera está anclada en una tradición literaria o social determinada, en una región o un momento, sino que partiendo de los rasgos genésicos de la confabulación literaria, hace entroncar estos «ajuares» con el resto de la creación que se acercó al tema y a la forma, aquí tratados de la mejor manera. Esta óptica, desde la que Iwasaki imprime su pulsión creativa, hace que leamos la obra olvidándonos de toda asignación geográfica o estigma hispanoamericano.

Una visión panorámica sobre la obra de Iwasaki, una lectura progresiva de su creación ficcional, arrojaría luz sobre este último parto literario. Teniendo en cuenta que: “las historias que siguen a continuación quieren tener la brevedad de un escalofrío y la iniquidad de una gema perversa”, se pueden desgajar cuentos anteriores como «El ritual» o «Un muerto en Cocharcas», donde se anticipa el regusto del autor por esta temática ya desde temprano. Al centrarse en esta vertiente de la literatura, Iwasaki se decide por el microrrelato como el instrumento más apropiado de transmisión para estas ficciones, que parecen el resultado final de un proceso de catalización de recursos técnicos ahora condensados.

Lo tenebroso es tan desconcertante, que con tan sólo un sorbo de ficción, el lector entra en el escalofrío ascendente y descendente de esta verdad literaria. Sin embargo, y a pesar de la diversidad temática, técnica y de los distintos procedimientos a la hora de ejecutar la escritura, a través de los noventa microrrelatos que integran *Ajuar Funerario*, detectamos una serie de paradigmas narrativos que le resultan válidos para la creación de un universo propio. A las clásicas autopistas, casas encantadas, conventos ... Iwasaki añade el W.C de una gasolinera, la silla eléctrica o una tienda de antigüedades, como lugares donde lo fantástico y lo misterioso se conjugan con la cotidianidad más apacible. Asimismo, la librería de viejo como foco irradiador de ficciones ya está homenajeada en un relato anterior intitulado «El derby de los penúltimos», y en esta ocasión a lo largo de historias como «Los ángeles dormidos». Por otra parte, los personajes que sufren estas travesuras del tiempo y del destino presentan igualmente cierta unidad y constancia en su tratamiento. Iwasaki recurre a la familia, de donde destacamos el papel de los niños como núcleo de gran parte de las narraciones. Pensamos que Iwasaki trenza estos escalofríos con un motivo que puede remontarse a las escrituras bíblicas (*Génesis*), grecolatinas (*Edipo Rey*, *Antígona*) y acabar en autores del XX como Faulkner,

Vargas Llosa, García Márquez o Donoso, que de igual manera hicieron de la familia el pilar básico de sus narraciones.

Por lo tanto, la tendencia del autor por lo fantástico como tangente central de su cuentística, es ya una afirmación fundamentada. Podríamos remitirnos a cuentos como «Taki Ongoy» y lanzar desde su lectura un hilo conductor que atravesaría todo su laberinto narratológico.

Los mitos clásicos del género como el vampiro o el hombre lobo, se unen al tema ya tratado de la santificación o la incorrupción del cuerpo, motivado por la afinidad antropológica del autor en cuanto a la hagiografía y vida de santos, allá en el Perú. No en vano, Iwasaki es autor y coautor de libros de ensayos como *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI* (1992). Junto a este *corpus* de argumentos clásicos aparecen fundidas las nuevas tecnologías (Internet), como ocurre en «El libro prohibido», resemantizando de este modo la significación de estos modelos arquetípicos a través de la incorporación de nuevas realidades que se hacen carne literaria.

Asimismo, en el andamiaje técnico de estas micro ficciones, la utilización de distintos puntos de vista forma una baza importante, de tal manera que las palabras de Luis Jaime Cisneros para el prólogo de *Tres noches de corbata* (1994), mantienen hoy la misma certeza: “No parece ser la historia contada por el historiador sino por el historiado”. Utiliza la primera persona para engañar al lector y para acercar la acción de una manera más efectiva y verosímil. De nuevo Borges, de nuevo «La casa de Asterión».

La ironía es otro de los condimentos que aliñan este «ajuar» y que se desliza por las páginas como contrapunto al sobresalto en muchas de las narraciones. La ironía, sin duda, es uno de los recursos más preciados y más utilizados a lo largo, no sólo de este último título, sino de toda la cosecha creativa de su narrativa cuentística y novelesca.

Una de las recurrencias más acuciantes es la unión del exorcismo a la

figura del cura, hasta el punto que el autor dedica un buen número de microrrelatos a la lucha entre una realidad cancerígena, enferma por las fuerzas de la maldad, y la figura impotente de un cura que trata, normalmente cayendo en la desidia, de sanar con sus métodos el mal que trastoca a los habitantes de una casa, a los transeúntes de un lugar... todo ello, trazando el dibujo de una realidad transplantada a la medianía, entre el cielo y el infierno y en el debate de muchos de sus personajes entre la pertenencia a un mundo u a otro, como el padre Cristóbal de Albornoz en «Taki Ongoy» o el padre Bruno en «Hay que bendecir la casa». Iwasaki se hace testigo y nos hace jueces de situaciones que parten de la cotidianidad, pero que terminan enrevesadas en las piruetas de lo inesperado.

A nosotros sólo nos queda ser vencidos por el *knock out* que este hechizo funerario conjura entre sus páginas.

© Tomás Rodríguez Reyes/ Septiembre de 2004.